



Capítulo extra

© 2024, Tiffany Calligaris.

© De esta edición: 2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S.L.

* * * *

La primera Navidad de Roo

El martilleo del despertador me despierta de un sueño profundo. Giro la cabeza hacia el osito amarillo con la camiseta roja cuyos brazos se mueven arriba y abajo. Dibujo una gran sonrisa al apagar el interruptor del reloj en forma de Winnie the Pooh que me acompaña desde la infancia.

Al fin ha llegado el día que tengo marcado en el calendario desde hace semanas. El día en que iremos a comprar el árbol de Navidad y comenzaremos con los preparativos para la primera Navidad de Roo como miembro de la familia Dawson.

El gatito alza la cabeza de su mullida cama como si me estuviera leyendo los pensamientos. Roo lleva unos meses con nosotros, lo encontré viviendo bajo un coche, bastó solo una mirada a esos grandes ojos verdes y fue amor a primera vista.

—¡Hoy es el día, Roo! —le digo saltando fuera de la cama.

—Miau —responde estirándose de forma perezosa.

Una de mis cosas favoritas de Roo es que es muy parlanchín y siempre me responde cuando le hablo. Me dirijo hacia el baúl a los pies de la cama en el que dejé preparado el conjunto perfecto para ir al vivero de árboles de Navidad: un gorro de lana rojo, un jersey navideño con renos de nariz roja, unos vaqueros claros y mis botas de invierno. La cajita azul que espera a ser abierta contiene un collar rojo con diminutos copos de nieve que compré para Roo.

El gatito me permite que se lo coloque, actuando orgulloso con su nuevo accesorio.

—Esto es solo el comienzo. Voy a elegir el mejor abeto del vivero para ti, Roo; bien alto, muy frondoso y tan verde que será como estar en el bosque —le aseguro.

—Miau.

Apenas puedo contener el entusiasmo al vestirme. Me miro al espejo, comprobando que el conjunto se vea tan mono como lo planeé en mi cabeza, dando un giro alegre.



Diciembre es mi mes favorito del año. Adoro el ambiente festivo, el aroma a chocolate caliente en las cafeterías, las lucecitas que transforman la ciudad en algo mágico y, por supuesto, las galletas de jengibre.

Le doy un vistazo rápido al cuaderno abierto en mi escritorio. Me encanta preparar listas. Y un día como hoy merecía una:

- ★ Conjunto mono. (Coordinar jersey navideño con Cody, Sofí y Juliet).
- ★ Pasar por Starbucks a probar las bebidas especiales de diciembre.
- ★ Elegir el árbol más perfecto para Roo.
- ★ Decorar el árbol.
- ★ Hornear galletas de jengibre.
- ★ Sacar un selfi festivo para enviarle a Robin.

Al bajar a desayunar encuentro a mis padres y a mi hermano Cody sentados a la mesa. Me siento en el lugar que ocupo siempre, ansiosa por comer algo rápido para comenzar el día.

—¿Dónde está el jersey que te di? —le pregunto a mi hermano menor mientras unto mermelada de fresa en una tostada.

—¿Tan importante es que me lo ponga? —Su mirada me dice que ya sabe la respuesta.

—¡Mucho! Debemos ir combinados. He comprado cuatro iguales.

En realidad, he comprado cinco. Le doy un mordisco a la tostada para esconder la sonrisa que se asoma a mis labios. El quinto jersey es un secreto que se encuentra en el correo camino a Chicago. Un obsequio para cierto chico en el que no he podido dejar de pensar.

—¡La primera Navidad de Roo! ¡Es tan emocionante! —exclama mamá mirando al gatito que come de su cuenco—. ¡Yo también tengo una sorpresa para él!

Suelta una risita casi maniaca como si estuviera guardando un gran secreto. *Oh, conozco esa risa.* Cody y yo intercambiamos miradas. Papá la observa un tanto asustado. A mamá le encantan las sorpresas, cuanto más grandes e inesperadas mejor, y esa es su risa de que esconde algo grande.

No tenemos tiempo para interrogarla ya que mi teléfono suena con un mensaje de mis mejores amigas.

—Sofí y Juliet están fuera —anuncio alegre—. ¡Cody, ve a por tu jersey!

Papá me deja su coche por lo que yo soy la conductora designada. Encuentro a las chicas esperando en el porche. Ambas se ven supermonas con los jerséis navideños. Sofí ha combinado el suyo con mullidas orejeras rosadas y una falda de cuadros, mientras que Juliet lleva un mono vaquero.

—¡Winn! ¡Estáis geniales! —exclama Sofí apuntándonos con su teléfono.

—¿Verdad?

Poso junto a Cody, dándole un golpecito en las costillas para que me imite. Mi hermano mueve los ojos, pretendiendo ser demasiado maduro para la situación, pero finalmente sonríe para la foto.

—¡Los cuatro! —les indico a las chicas que se acerquen y saco un selfie con mi cámara de polaroids.

La fotografía se imprime. Poco a poco el papel va revelando un festivo despliegue de colores que van cobrando la forma de jerséis, gorros de lana y bufandas. Es perfecta. La guardo en mi bolso haciendo una nota mental de que debo llevarla conmigo a la universidad.

Nos acomodamos en el coche y Sofí toma el control de la radio ya que siempre tiene una canción favorita nueva que nos quiere enseñar. Juliet baja la ventanilla, asomando el rostro fuera con la expresión de un perro feliz. Su largo pelo rubio vuela en una coleta adornada por un lazo rojo que se entrelaza en varios mechones.

—Me encanta lo que has hecho con tu pelo.

—¡Lo he aprendido de Lila! He estado siguiendo los videos de *Vlogmas* que sube a YouTube de forma religiosa. —Admite con una risita.

—¡Yo también! —Sofí y yo respondemos al mismo tiempo.

—¿Sube videos todos los días? —pregunta Cody.

—Solo lo hace en diciembre por Navidad —le dice Sofí.

—¿Os imagináis todo el tiempo que le debe llevar filmar y luego editar? Eso sí que es dedicación. Ser una *influencer* suena a mucho trabajo —comenta mi hermano.

—Lila es muy dedicada —digo pensando en ella con cariño.

Las calles de York están cubiertas por un fino manto blanco que solo crecerá en los próximos días. El estado de Pensilvania tiene inviernos fríos en los que suele nevar. Conduzco con cuidado, agradecida de que papá haya cambiado los neumáticos de verano por los de invierno que evitan que el coche resbale. Camino del vivero nos detenemos en el Starbucks y pedimos dos *lattes* de jengibre y dos *lattes* de caramelo. Me encanta colecionar los vasos con diseños festivos que suelen hacer para Navidad.

El vivero Browns Christmas Tree Farm es una enorme propiedad repleta de todo tipo de abetos. Niños con abrigos coloridos corretean por el aparcamiento delante de padres que cargan los árboles al coche. Al adentrarnos en la propiedad el aroma fresco de los pinos me hace desechar que pudiera oler así de bien una vela. Tengo un montón de velas invernales, pero ninguna logra aquella combinación exacta: tan fresca, *amaderada* y ligeramente mentolada.

Juliet y Sofí van en busca de sus propios árboles. Sigo a Cody por una larga hilera de abetos, estudiando en detalle a cada uno. Algunos tienen las hojas en forma de aguja un poco amarronadas, por lo que seguimos caminando.

—¿Qué estamos buscando? —me pregunta mi hermano.

—Un abeto Douglas, son más frondosos y su fragancia es un sueño —digo cerrando los ojos e imaginando el árbol perfecto.

—Lo que digas.

Cody no me toma en serio, lo que es un error porque he visto más de un documental sobre viveros de árboles de Navidad. Señala uno que es de un verde demasiado oscuro, a lo que respondo negando la cabeza. El siguiente es muy bajo, luego le sigue otro demasiado ancho, y uno cuyo tronco se ve un tanto amarillo.

—¿Qué hay de malo con ese? —señala exasperado.

—Las ramas parecen tristes.

La expresión de Cody pasa de aburrida a incrédula.

—¿Las ramas parecen tristes? —repite con burla.

—Ya sabes, caídas —me corrijo.

—Winn, por favor, elige uno.

—No seas impaciente, Roo merece el mejor abeto. Debe ser de un sano color verde, con agujas suaves para que no se pinche, ramas flexibles... —A medida que voy enumerando mis ojos se posan en un abeto que cumple con todas esas características—. ¡Ese!

Al señalarlo me percato de que hay un chico de pelo marrón claro arrodillado junto al árbol con una sierra en la mano. Oh, no, no, no. Aquel ladrón está a punto de robar mi árbol perfecto.

—¡NO! —grito corriendo hacia él.

Se detiene en el acto, girándose en mi dirección con un sobresalto. Lo reconozco enseguida. Sus ojos se agrandan sorprendidos y estoy segura de que los míos se ven tan redondos como monedas.

—¿Jesse?

—Dios, Winnie, menudo susto me has dado —dice Jesse Anderson poniéndose de pie.

Mi exnovio, y mejor amigo desde la infancia, suelta una risa avergonzada. Debí darme cuenta de que ese pelo revuelto color arena solo podía pertenecerle a él. Lleva un jersey verde de Pokemon en el que hay un Pikachu completamente adorable con su pequeño gorro de Papá Noel.

—Bonito jersey.

—Gracias, el tuyo también. —Saluda con la mano en dirección a mi hermano—. Hola, Cody. Veo que vais combinados.

Mi hermano saluda a Jesse, murmurando algo que suena a «Winnie me obligó», lo cual no es cierto. Solo se lo pedí unas cuantas veces. Señalo el árbol que estaba a punto de cortar, regresando a lo importante.

—Jess, no puedes llevarte ese árbol.

—¿Por qué? —pestañeó incierto.

—Porque es perfecto.

—Lo sé, tú me enseñaste a elegirlos —me recuerda con una mueca traviesa—. Es un abeto Douglas.

Entonces el alumno supera al maestro. Mierda, de haber sabido que iba a resultar un ladrón no le hubiera enseñado.

—Necesito ese abeto para Roo.

—¿Tu gato?

—Es su primera Navidad como miembro de la familia Dawson y quiero que sea especial. Roo adoraría ese árbol. Por favor, Jess, di que sí —digo con ojos de cachorro mojado.

Jesse mira entre el árbol y yo, incierto de rendirse tan rápido.

—Vas a perder, amigo —le dice mi hermano con simpatía.

—Cody es sabio, escúchalo —comento.

—Al menos déjame negociar. ¿Sabes?, he extrañado tus galletitas de jengibre, unas cuantas de esas podría persuadirme...

—Tengo todo listo para hornear unas por la tarde —digo esperanzada.

—Mmm, este árbol huele tan bien. —Jesse acerca el rostro a las ramas con una expresión dramática—. Si Abby prepara su famoso pastel de chocolate y jengibre con glaseado de queso crema tal vez puedas guardarme una porción.

Por supuesto, pienso con una sonrisita. Jesse adora los pasteles que hornea mamá. De pequeño siempre buscaba excusas para venir a casa cuando mamá me preparaba pastel como almuerzo para el colegio. Comprobar que aún es el mismo Jesse, y que seguimos siendo amigos, me da una sensación tibia en el estómago.

—Si me ayudas a llevar ese árbol al coche prometo invitarte a tomar el té con galletas y pastel. —Le ofrezco la mano—. ¿Trato?

—Trato. —Me la estrecha.

Aparcar en casa con el árbol perfecto amarrado al coche me llena de adrenalina. No puedo esperar a que Roo lo vea. Cody me ayuda a cargarlo por la puerta principal y lo llevamos a la sala de estar donde papá ha dejado las cajas con los adornos.

Lo montamos sobre un pequeño tapete rojo y lo admiro desde todos los ángulos. En verdad se ve muy bien.

—¡Roo!

Su silueta se asoma a paso sigiloso y observa el abeto con ojos curiosos que brillan. Se queda donde está, cauto, olfateando el aire con su naricita.

—Es para ti, Roo. Puedes dormir debajo de las ramas y jugar con los adornos. ¡Te va a encantar!

—Miau. —Inclina la cabeza en un gesto curioso.

El resto del día se pasa demasiado rápido. Horneo las galletas de jengibre utilizando mi colección de moldes. Luego mamá nos prepara chocolate caliente con nata que bebemos mientras decoramos el árbol. Yo busco mis adornos favoritos, mientras Cody desenreda la ristra de luces. Roo ha perdido la precaución por completo. Corretea de aquí para allá veloz cual conejo, robando adornos, mordiendo lazos rojos y frotándose contra las ramas del abeto.

Cuando terminamos de decorar el árbol, que queda estupendo, mamá toma las llaves del coche y anuncia que va a recoger la sorpresa de Roo, intentando contener una sonrisa que se ve tan alocada como la del gato de Cheshire. Papá la sigue, visiblemente preocupado, lo que hace que Cody y yo compartamos una risa.

Todavía me queda tachar una cosa de mi lista: sacar un selfí festivo para enviarle a Robin. Pensar en ello me da calor a las mejillas. La sala de estar queda vacía a excepción de Roo, por lo que decido sacar la foto junto a un muérdago que cuelga de una de las ramas del árbol. Me aliso el pelo con las manos, busco el pintalabios rosa que llevo en el bolsillo del vaquero, y coloco el teléfono para un selfí. Junto los labios en un beso, asegurándome de que el muérdago cuelgue sobre mi cabeza. He visto miles de estas fotos en redes sociales, las modelos lo hacen ver tan fácil, pero yo no me siento despampanante, por el contrario, me siento como una foca haciendo un truco. ¿Cómo hacen para que sus labios se vean mullidos? ¿O para obtener la forma de un beso perfecto?

Saco una gran cantidad de fotos hasta que encuentro una que no odio.

Yo: El árbol ha quedado precioso. Roo está contento. Y me gustaría que estuvieras aquí para darte un beso bajo el muérdago :-)

Tras enviarle la foto comienzo a pasearme inquieta. Voy a la cocina y pruebo una de las galletitas recién salidas del horno. El sabor es mágico. ¿Hay algo más sabroso que comer galletas de jengibre glaseadas en vainilla?

No lo creo.

Los nervios se me van junto a la segunda galleta justo a tiempo para recibir la respuesta de cierto *nerd* absolutamente super asombroso que reside en Chicago.

Robin: Eres la chica más bonita del planeta, Winnie. Me encantaría estar allí.

Robin: Ve a tu porche. Acabo de recibir una notificación del correo y es posible que haya una sorpresa esperando por ti.

Leer el mensaje me deja con el corazón acelerado. Corro hacia la entrada y abro la puerta con tanta fuerza que por poco me da en la nariz. Hay una caja junto al felpudo de bienvenida. La cargo dentro y los dedos casi me tiemblan al abrirla. Dentro encuentro una bolsa de golosinas de El botín de Gretel: palomitas de maíz con caramelo, un paquete con pegatinas de estrellas fluorescentes para el techo y un oso de felpa con una bufanda roja alrededor del cuello.

Es tan dulce que me entran ganas de bailar. No puedo creer que Robin y yo hayamos tenido la misma idea. Yo también le he enviado una caja con algunos obsequios para diciembre. Nada demasiado costoso, a veces los detalles simples como dulces y pequeñas muestras de afecto son los más significativos.

—¡Roo! ¡Winn! ¡Cody! —La voz de mamá suena excesivamente energética.

Mi hermano y yo nos chocamos al correr hacia la sala de estar. Mamá espera junto al árbol cargando un trasportín para mascotas. Papá está a su lado, la sonrisa de derrota en su rostro lo dice todo.

—¡SORPRESA! —exclama mamá jovial—. ¡Un hermano mayor para Roo!

Dentro del trasportín hay un gato de tamaño grande, pelaje atigrado y hocico aplanado que nos estudia con ojos amarillos. Se parece a un gato persa.

—Lo he llamado Tigger, por supuesto. ¿No es adorable? —Mamá lo saca del trasportín de forma cuidadosa y lo sostiene en brazos.

El felino ronronea plácidamente, contento de estar allí. Es tan largo que la mitad del cuerpo se desborda fuera del abrazo de mamá y las patas traseras le cuelgan. *Un hermano mayor para Roo*. Sí que va a ser la mejor Navidad.

—¡Bienvenido, Tigger! —digo asomando la mano lentamente.

—¿Dónde lo has encontrado? —pregunta Cody.

—Fui a la tienda de mascotas a comprar un obsequio para Roo y allí estaba en adopción. La veterinaria me dijo que les estaba costando encontrarle un hogar

hogar ya que tiene cinco años y no escucha bien de un oído —explica mamá meciéndolo al igual que un bebé—. Y por supuesto que pensé... ¡Nosotros podemos darle un hogar! ¡Roo puede ser su hermano menor! ¿Verdad, Roo?

—Miau —responde junto a sus pies.

La idea de darle un hogar a un gato como Tigger me llena el corazón. Mamá lo baja al suelo donde Roo está esperando con las orejas atentas y los ojos bien grandes. Los primeros minutos se inspeccionan con la mirada sin mover un bigote. Roo es el primero en acercarse, estira una patita hacia él de forma juguetona y lo toca varias veces.

Busco mi cámara de polaroids para capturar el momento. Al cabo de una hora ambos están sentados uno al lado del otro sobre el tapete rojo bajo el árbol de Navidad.

Me siento en el sillón, teléfono en mano, galleta de jengibre en la boca, escribiendo un mensaje tras otro para contarles a mis amigas.

—Hoy ha sido un gran día. ¿No, Roo?

Mi fiel compañero no responde, lo que me hace levantar cabeza. Solo veo a Tigger que sigue estirado sobre el tapete.

—¿Roo?

El árbol de Navidad se agita de un lado al otro como si hubiera un oso trepando el tronco. Los adornos se chocan entre sí con un clac clac. De repente la cabeza de Roo emerge junto a la estrella en la punta. El gatito nos observa desde esa gran altura y luego el árbol entero se tumba hacia un costado. Tigger se mueve a tiempo. Todos nos sobresaltamos ante el ruido de la caída. El abeto yace entre luces de colores que continúan titilando. Roo salta fuera de las ramas y se escabulle debajo del sillón.

Mamá comienza a reír tanto que resulta contagioso.

—A Roo le ha encantado el árbol —bromea Cody.

—Y no olvidará su primera Navidad —digo sacando una polaroid del árbol caído.

